

# Pastoralia

Serie: CELEP – Una década al servicio de Jesucristo

## Teología:

### Los Signos de los Tiempos

Diversos Autores

TEOLOGÍA

Artículo publicado en el 2º semestre de 1984

Revista Pastoralia n.ºs. 12/13 – Año 6 – Páginas 155 a 183



# TEOLOGÍA

## Los Signos de los Tiempos (\*)

Los cristianos vivimos hoy en nuestra América, con la alegría que nace de la fe y de la esperanza que la promesa del Señor confirma cada día, en millones de creyentes en nuestro Continente, pero también con el profundo dolor que el amor que el Espíritu derrama en nuestros corazones nos hace sentir ante tanto sufrimiento injusto y tanta muerte inocente que pesa sobre nuestros pueblos.

Sabemos que Dios está obrando en nuestra inquieta y conflictiva historia mundial y latinoamericana para hacer triunfar su propósito, para dar en Cristo una nueva vida a las mujeres y los hombres de nuestro pueblo y para transformar nuestra sociedad injusta y desigual. No siempre somos capaces de ver y de seguir las huellas de su paso.

A veces los prejuicios nos nublan la visión. Otras, una estrecha o deformada comprensión del evangelio o la preocupación excesiva por nosotros mismos, o nuestro aislamiento de la sociedad en que vivimos, no nos permite percibir el soplo del Espíritu que alienta en la búsqueda y en las esperanzas de nuestros pueblos. La Biblia nos enseña, además, que los “caminos de Dios no son nuestros caminos” ni “sus pensamientos nuestros pensamientos”. El triunfo de Dios se manifiesta frecuentemente bajo la forma de la cruz. Además, como la sabiduría popular suele decirlo, “Dios puede escribir derecho con renglones torcidos”.

Todo esto nos llama a ser sumamente humildes cuando tratamos de comprender “los signos de los tiempos”, señalar lo que Dios está haciendo hoy entre nosotros. Pero, aunque “vemos por espejo, oscuramente”, no andamos a ciegas. Dios nos ha dado en las Escrituras señales claras de su voluntad de justicia, de vida y de pan para nuestra humanidad. Y el Espíritu que el Señor prometió a su Iglesia nos da el discernimiento para percibir la presencia de ese propósito en los acontecimientos de nuestra historia. Por eso, con humildad, pero también con la osadía de la fe, nos atrevemos a señalar a nuestros hermanos cómo percibimos, hoy la obra poderosa del Señor en nuestra América Latina.

### *Brotos de nueva vida*

En algunos países de nuestro continente, Dios ha permitido que brotes de nueva vida – aún frágiles y pequeños – hayan quebrado la superficie de un suelo endurecido y asolado por años de tiranía, represión y muerte. El alumbramiento de un gobierno democrático en Argentina, Uruguay y el camino hacia el mismo en Brasil, con todos sus problemas y perplejidades, significan un triunfo de la libertad, un espacio abierto a los pueblos para pensar y definir su futuro, para acometer nuevas tareas, para reclamar justicia y fundamentar en ella una verdadera unidad. A su vez, gobiernos que recojan y expresen la auténtica voluntad de paz de la inmensa mayoría de esas naciones podrán resolver las tensiones internacionales que nos amenazan y desmontar la militarización y carrera armamentista que pesa tan gravemente sobre nuestros escasos recursos.

(\*) N. de la D.: El presente documento fue adoptado oficialmente por la Junta Directiva del CLAI. en su reunión de febrero de 1985 (en La Paz, Bolivia), para distribuir entre las Iglesias de América Latina. Al ponerlo a disposición de nuestros lectores, lo hacemos con el propósito de que se constituya en objeto de reflexión y estudio, tanto personal como en el seno de la comunidad de fieles a la que cada uno pertenezca.

Al mismo tiempo, en la lucha por la justicia comprobamos las tormentas que se abaten sobre esos tiernos brotes, tanto por los intereses de grupos que a toda costa luchan por mantener sus posiciones de privilegio a costa de los pobres, como por la injusticia de un orden económico internacional cuya inmoralidad clama el cielo. Encerrados entre las pinzas de este sistema los países se debaten entre el peso de deudas desigualmente pactadas y aumentadas constantemente por decisiones unilaterales de los acreedores, deudas que debemos pagar con el salario de los pobres, con la salud de nuestro pueblo, con el creciente subdesarrollo, o negarnos a hacerlo y caer bajo las sanciones que producen similares consecuencias. El mensaje profético contra la opresión del pobre, la injusticia y la usura cobra total actualidad, ahora a nivel internacional. La creación de un nuevo orden económico internacional, que hace años aprobó las Naciones Unidas, se ha transformado, no ya en un problema técnico sino en una obligación moral, que pesa especialmente sobre la conciencia cristiana con una condición de justicia.

Este combate por la justicia tiene lugar también al interior de nuestros países, no solamente por las condiciones de monstruosa desigualdad “que claman al cielo” y que iglesias de todas las denominaciones han denunciado repetidamente como una ofensa al Dios y Padre de todos los hombres, sino también, más recientemente, por una economía basada en la especulación financiera, que en lugar de estimular una producción que aumente los recursos que la comunidad necesita, invierte en el ámbito financiero, estimulando la inflación y minando cada vez más la condición de los más humildes y aun de las clases medias. Una economía que gira en torno al dinero en lugar del trabajo y la producción de bienes útiles, es una afrenta a la creación de Dios. Los cristianos no podemos seguir siendo ingenuos, creyendo que estas cosas pertenecen a un campo técnico que debemos dejar a los expertos. Más bien, debemos tratar de comprender estos mecanismos de injusticia, que representan intereses contrarios a la vida que Dios quiere para todos sus hijos. Cuando el Apocalipsis describe a “la bestia que hace matar a todo el que no la adore”, que impone su marca sobre la frente de todos “y que ninguno pudiese comprar o vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia” ¿no hallamos – aparte de cualquier interpretación también legítima – una descripción de este sistema de muerte bajo el cual se empobrece hoy y entra en crisis todo nuestro mundo? Pero también sabemos que nuestra lucha no es estéril “porque la salvación, y el poder, y el Reino es de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo” (Apoc. 12:10).

### *La búsqueda de paz*

La violencia no es nueva, desgraciadamente, para nuestros pueblos. Los indígenas la sufrieron desde los albores de la conquista europea como genocidio, los campesinos como explotación, quienes buscaron de una y otra manera justicia, como represión. Hoy contemplamos con horror la escalada de todas estas formas de destrucción de la vida: la violencia que nace de la miseria en las grandes ciudades, las luchas de pueblos que desesperan de hallar por otro medio la justicia, el terrorismo de pequeños grupos sectarios e ideologizados y la omnipresente represión, metódica, fría, brutal – la de la tortura, las desapariciones, los asesinatos en masa – burlándose de toda

justicia, de todo derecho, de toda humanidad, a menudo inspirada, financiada o directamente instruida y dirigida desde centros internacionales de poder.

Y sin embargo, la clara voluntad de nuestros pueblos es voluntad de paz. Como cristianos sabemos que la única paz verdadera y durable, la que nuestro Dios quiere y ofrece, es la que nace de la justicia y la verdad. Por eso tenemos que discernir entre esa paz verdadera y una caricatura de paz que a veces nos ofrecen, que se asienta en la opresión y el aniquilamiento. En las luchas que hoy se libran en nuestro continente, los creyentes no podemos conformarnos con clamar contra la violencia; debemos afirmar las condiciones de una paz auténtica. Una paz que sólo puede lograrse cuando los pueblos participan en las decisiones sobre su propio destino, cuando tienen la libertad de organizar su futuro libres de las presiones de las grandes potencias que los utilizan para librar en sus territorios y con sus pueblos sus luchas por sus intereses y hegemonías, cuando los pueblos disponen realmente de los recursos que su país y su trabajo producen y estos son distribuidos equitativamente. Paz es salud, es seguridad, es familia y amor, es trabajo, habitación, vestido y comida, es alegría y celebración.

La violencia es en América Latina la temperatura que revela la gravedad de un cuerpo enfermo. Importa que baje la temperatura, y los cristianos debemos esforzarnos por lograrlo. Pero importa más aún que el enfermo se cure de veras. Y esa cura se llama justicia y libertad – libertad con justicia y justicia con libertad. Eso es lo que nuestros pueblos buscan. Y esa búsqueda es un signo de la presencia del Espíritu de justicia y de libertad.

En esta convicción se basa nuestra permanente defensa del derecho del pueblo nicaragüense, y de los demás pueblos centroamericanos y caribeños, a darse su propio gobierno y sistema de vida, en respuesta a necesidades y clamores largamente postergados (Sal. 11:5); así como también nuestro firme repudio de la cínica intervención del gobierno norteamericano en esa región y en todo el continente, a través de toda nuestra historia, más condenable aún, cuando pretende escudarse en valores “cristianos” que de ningún modo encarna ni respeta (Sal. 73:8,9).

### *Un cántico nuevo*

En medio de sus luchas, sus sufrimientos y sus esperanzas, América Latina vive un despertar de la fe. ¿no es ese el más importante, el más profundo, el más esperanzado signo de nuestro tiempo latinoamericano? Hay hambre y sed del evangelio: en país tras país, aun en medio de las circunstancias más difíciles, hombres, mujeres y niños – a menudo los más pobres y marginados – acuden a escuchar la Buena Nueva de Jesucristo y se convierten al Señor. A lo largo y ancho del continente se forman cientos de miles de comunidades de fe, de lectura de la Biblia, de oración y de servicio, de hermandad no como células aisladas e introvertidas sino como una comunidad abierta y solidaria con la sociedad que la rodea. Millares de mujeres y de jóvenes, de todas las iglesias, ministros y laicos, asumen un compromiso con los que sufren, corriendo el riesgo de la incompreensión, la calumnia, la persecución y la muerte, movidos por el amor de Jesucristo. La lista de los que han sellado con su sangre ese compromiso crece en nuestro continente; el Enemigo ha procurado borrarlos de la historia de los hombres. Pero nadie podrá borrar sus nombres del Libro de la Vida.

Cómo no ver como una señal de la presencia del Espíritu ese inmenso caudal de

alegría de fe, de entusiasmo, de oración que se manifiesta en los cantos que brotan desde todas partes de nuestras tierras? En los ritmos que aman nuestros pueblos, con las palabras sencillas y directas de los Salmos y del Evangelio, en expresión de solidaridad, de amor y de consagración, a menudo compuestos por grupos de jóvenes, por comunidades, los creyentes cantamos nuestra esperanza, la seguridad de la presencia del Señor, la confianza en el poder del Espíritu. Es tiempo de dolor, pero es tiempo de canto para los creyentes latinoamericanos. Cómo lo fue para las iglesias del Nuevo Testamento. Como lo ha sido siempre que el Espíritu renovó a la Iglesia.

Precisamente por todo esto, nuestra responsabilidad como iglesias de Jesucristo es más grave. Precisamente porque el Espíritu ha abierto una puerta grande al testimonio, tenemos la obligación de buscar la mayor fidelidad en nuestro mensaje y en nuestras actitudes, para que sea la Palabra de amor y de perdón, el reclamo profético de justicia, el llamado al servicio, el auténtico evangelio lo que resuene desde nuestros púlpitos y se refleje en nuestras acciones. ¿Cómo podríamos responder ante el juicio de Dios y de nuestra historia si, en lugar del verdadero Pan, sólo ofrecemos las 'piedras' de un evangelio truncado, mutilado, estrechado, un mensaje que lleva a actitudes egoístas de aislamiento, de despreocupación por los sufrimientos de los demás, de esperanza solamente ultraterrena e individual, de desinterés por la sociedad en que vivimos? ¿Cómo podríamos inspirar un verdadero compromiso de fe si nuestra palabra no nace de una profunda relación con el Señor, de una vida de oración y alabanza, de una lectura asidua y siempre atenta de la Escritura, de una vida de comunión fraternal con los hermanos? Por todo esto, debemos pedir fervientemente al Señor que nos inspire para que seamos la Iglesia que él quiere y necesita para responder al clamor que su mismo Espíritu despierta en nuestros pueblos.

*¿Qué Espíritu nos ha dado Dios?*

Seguramente Dios, en su misericordia, está marcando este tiempo de lucha y dolor como un tiempo de alumbramiento. Las señales que percibimos, aunque no seamos capaces de interpretarlas plenamente, nos indican que este es un momento propicio, que el Señor visita a nuestro pueblo. Es una hora. Y nosotros somos llamados a responder. Son señales que nos convocan a participar en el combate por la libertad. Por la paz, por la justicia, por la fe y la evangelización de nuestros pueblos. Tal vez la inmensidad del compromiso, la enormidad de los obstáculos y la pequeñez de nuestros recursos materiales y humanos pueden hacernos sentir insuficientes. Si ello nos lleva a la humildad, bien está. Pero que no nos lleve a acobardarnos. Porque no confiamos en nuestras fuerzas sino en el poder del Espíritu. Y el Espíritu que nos ha sido dado "no es espíritu de temor, sino un espíritu de poder, de amor y de buen sentido" (2 Tim. 1:7). ¿Qué otra cosa necesitamos? El "amor" que nos compromete con todos los que tienen necesidad, "el buen sentido" – la disciplina propia, la sobriedad y uso inteligente de nuestro esfuerzo y nuestros dones – que nos lleva a trabajar consciente e inteligentemente y "el poder" del Espíritu que lleva nuestro testimonio y servicio más allá de los límites de nuestras propias fuerzas. En este Espíritu confiamos y en él invitamos a todos los creyentes a unirnos con confianza y alegría en un "Aleluya" de alabanza y de invocación: "¡Aleluya! La salvación, la gloria y el poder son de nuestro Dios, porque él juzga rectamente y con verdad". (Apoc. 19: 1,2a).

En la esperanza, y en la paz que nos comunica Jesucristo.

Por la Junta Directiva y el Secretariado de CLAI.